

EVASION

Por Alberto BONIFAZ NUÑO

Dibujos de Juan SORIANO

LA MAÑANA era transparente. Una de esas mañanas en que la luz cae a plomo como si lloviera claridad. Y entre el cielo demasiado distante y los volúmenes demasiado nítidos, el hombre que recorría ensimismado la calle bullente, sentía como si se hallara preso en el interior de una vista de estereoscopio. Efecto de una cultivada costumbre, sentía que la realidad circundante no era sino el reflejo de un sueño.

Pero no estaba loco, porque su sueño había sido bastante poderoso a imponerle conceptos razonables. El lo consideraba sólo como una promesa de realización, y desde un principio se dio a corroborar con dinero su esperanza. Y no temió las consecuencias de su conducta, porque nunca permitió que en su espíritu medrara la duda.

Si alguna vez llegó a decirse que su visión hubiera podido visitar lo mismo a cualquier otro hombre, siempre rechazó con espanto esa idea. No. Su sueño era suyo. Sólo podía ser suyo. Porque él sólo, y nadie más, pudo haberlo soñado como él, sin mancharlo, sin asirlo, sin tocarlo. Cualquiera otro hombre se hubiera arrojado, con el derecho que tiene cada uno sobre sus sueños, contra la mujer que sonreía joven, propicia y sola, en medio de una luz cuya masa, casi palpable de tan activa, tenía la virtud de investirla con los prestigios de una realidad extraordinaria. Cualquiera se habría movido como hacia una esclava cedida por los dioses. Y él no: se mantuvo inmóvil, conteniendo el aliento, mientras los contornos de la mujer ganaban plasticidad resplandeciendo; a tiempo que sus cabellos adquirían peso hacia sus hombros; en tanto que su sonrisa se concretaba compartiendo la activa solidez del ámbito. Se mantuvo estático, hasta que una sobrehumana sensación de realidad lo despertó.

Dos veces en la vida. En ambas la misma sensación de realidad extraordinaria. Si él hubiera tenido predisposiciones místicas, habría quizá buscado un puñado de rosas en algún pliegue próximo a su despertar. Pero aquella aparición, por otra parte, era demasiada humana; y así, no vaciló en tomarla por una revelación de las profundidades insondables del mundo.

La primera vez le quedó el resabio de una felicidad dolorosa: la certeza de que en un punto preciso del tiempo y el espacio le aguardaba, destinada para él, la mujer que él nunca se atrevería a mirar sino soñando. Los días amontonaron amargura en su alma. Acusándose de ser demasiado pobre para recibir con dignidad el bien que lo esperaba, efectuó su primera conversión. Empujado por el despecho y la esperanza, como delirando, se apartó del precario círculo de sus relaciones, y se dedicó a ahorrar, escatimándose a sí mismo, hasta la más humilde moneda de cobre: "Por si un día..."

Y en la mañana clara, recorriendo la calle bullente, recordaba la segunda ocasión, del todo idéntica en cuanto al sueño,



que determinó su definitivo apartamiento de la realidad aparente.

En aquella ocasión, mal despierto aún, se decidió para siempre. Como brotada del mismo sueño, se le había presentado de improviso la única solución: tomar una póliza dotal.

Se informó de cuanto le concernía. Conoció las condiciones ofrecidas por las más seguras empresas dedicadas a capitalizar en moneda corriente los ensueños humanos; supo cuántos centavos diarios tenía que depositar para que al término de tantos años menos tantos días se le entregara la fortuna redonda que él ambicionaba.

No lo arredró ni el tiempo ni el esfuerzo que le exigiría el lento y encarnizado ahorro; sólo tomó en cuenta el seguro desenlace: veinte mil pesos en la mano. ¡Veinte mil pesos! A Dios gracias veinte mil pesos —todo a cuanto aspiraba su penuria—, bastarían a ennoblecerlo con los más altos prestigios modernos cuando el sueño y la realidad se fundieran en uno.

¡Es tan necesario el dinero!

¿Y qué importaba ni la abstinencia forzada, ni la insistente congoja ni la soledad sin vocación? Si al final del prolongado sabor a estómago vacío, a la vuelta de un recodo enclavado en el tiempo, todo quedaría justificado. Todo, todo, porque la vida, irreversible y única, no podría escamotear su sentido a quien la enfrentaba sin miedo, sin trampas, sin dudas.

De esa manera el hombre, que ya había desarrollado la costumbre de mirar la realidad como el reflejo de un sueño, desde entonces la vio como si la contemplara desde la borda de un barquito de papel en que había embarcado lo mejor de sí mismo. Y si acaso lo alcanzaba un eco

distante que le reprochaba vivir evadido del mundo, se encogía de hombros, quizá con lástima. ¿Qué sabían los demás? El vivía más intensamente que muchos que nunca fueron visitados por un sueño; que nunca supieron por qué vivían, que nunca se embarcaron en un barquito de papel. Cerraba los labios, y así se decía unas palabras que eran la fórmula de su esperanza, y que sólo su corazón conocía.

Muy a menudo esa fórmula se mezclaba, hasta formar recónditamente una misma cosa, con otras palabras que también musitaba con frecuencia. Pero sólo estas últimas hubieran podido oírse alguna vez. Murmuraba: "Mi póliza dotal. Mi póliza. ¡Mi póliza!", como si quisiera sobornar a alguien que lo transportara por una corriente donde cada minuto era tan largo como un día.

"¡Mi póliza!"

Pero en la mañana vibrante de dimensiones nítidas todo debía de ser sencillo, y hasta gozoso, ahora que el largo plazo se había vencido.

Sin embargo se sentía gravemente atemorizado a medida que las cosas lo apriaban como incrementándose hacia él sin llegarle a tocar ni la punta de un cabello. Algo más que un presentimiento y la conciencia del motivo de sus pasos le agitaban el pulso. Y de poco le aprovechaba repetirse que fuera de su presentimiento y de sus pasos todo era ilusorio: el cielo y la luz, y la calle bullidora de viandantes. Siempre el golpear de la sangre en sus venas le sugería la existencia de un peligro que él no alcanzaba a discernir.

¿Qué le atemorizaba? ¿Qué le importaba el ámbito vicisitudinario que lo envolvía con sus dimensiones estereoscópi-

cas? ¿No había llegado, acaso, el día por el cual él cambió todos los días pasados? Sentía, en la bolsa del pecho, el pliego crujiente de la póliza, que ahora mismo, calles adelante, canjearía por billetes de banco. Sólo faltaba, se decía el hombre, restablecer las conexiones, hasta ahora rotas, entre la realidad y el sueño. Entonces, ¿por qué se acongojaba?

Si hubiera pensado que eso que faltaba era tan difícil, por lo pronto, como volver a crear el mundo, tal vez hubiera tratado de encontrarse de nuevo a sí mismo eludiendo las inusitadas significaciones que lo atosigaban. Pero no sabía más que apresurar el paso detrás de su presentimiento, repitiendo entre dientes con el corazón oprimido: "Algo va a pasar. Algo va a pasar."

Y todo pasó de la única manera que él no había esperado.

Al rebasar una fila de edificios, en una esquina, la vio como en su sueño, parada frente a él; pero al punto notó que no despedía tanta luz, ni sus cabellos pesaban tanto ni su sonrisa participaba de ninguna solidez. En cambio no dudó acerca de que era "ella"; y con esto, y con saberse dueño de la fortuna que para ella había atesorado, tuvo valor para detenerse y dar un paso que la obligó a mirarlo.

Sintió que entre ellos no existía ningún vínculo; que era necesario que tímidas conexiones se establecieran tanteando entre los dos. Y en lugar de la fórmula que sabía su corazón, pronunció una palabra vulgar. La más vulgar de todas.

Dijo:

—Señorita —y dejó pasar un incierto segundo—. ¿Me reconoce usted? —añadió al cabo, neciamente.

Ella lo miró con detenimiento. Parpadeó tratando de fijar una imagen. Y respondió con deferencia:

—Me parece. Sí.

—¿Sí?...

Una pausa. Y luego dijo ella:

—Usted es amigo de mi abuelo. Me parece.

Así. No dijo: "Usted es amigo de mi hermano", ni siquiera: "Usted es amigo de mi padre". Y se quedó mirándolo en espera de una ratificación.

Por supuesto, el hombre sabía cuánto tiempo había pasado por los lados de su barquito de papel; pero confiando en que el destino manejaría una lógica diferente a la que usan los hombres, había esperado que en este encuentro no contarían los años, como no cuentan los pasos imprescindibles que llevan a una cita cualquiera. Pero en la realidad nada es extraordinariamente real. Y ahora veía que los años son pasos que el destino mide con la misma vara que es amable a los humanos sólo mientras florece.

Traicionado por el destino, él mintió con azoro:

—Sí... Amigo de su abuelo.

—¿Cómo se llama usted?

El hombre pronunció su nombre desconocido.

Ella sacudió los rizos.

—Es raro —dijo—. Nunca lo oí mentar.

—Eso se explica fácilmente. Porque su abuelo y yo hace mucho tiempo que no nos vemos. Pero fuimos muy amigos. Tan amigos que... Tanto, que recuerdo exactamente la fecha en que nació usted. Y también la fecha en que nació su madre de usted. Lo recuerdo...

—¿De veras?

El ahora estaba seguro de que esas dos fechas correspondían a las de las dos apariciones de su sueño. Lo sabía; tan de cierto, como que había de morir. Y para alargar los tristes instantes de realización que le otorgaba la vida, se dispuso a decirlas, en un necio alarde parecido al del pordiosero que descubre sus llagas.

—Recuerdo el día en que nació su madre —dijo—. Fué exactamente...

Pero ella lo interrumpió:

—A mi madre no le gusta que se diga su edad.

—Si a ella no le gusta... Bueno. Pero supongo que en cuanto a usted no habrá inconveniente...

—Ninguno.

—En ese caso...

—Pero a mí tampoco me gusta que se hable de eso.

Todo era inútil. Todo. El hombre que había invertido tantos años para lograr aquel encuentro, no hallaba el medio de merecer una limosna de segundos.

—Y yo nunca podré olvidar esas fechas —balbuceó humedeciéndose los labios.

La mañana no había perdido transparencia; pero ya no podía pensarse que en su seno se desarrollaba una ilusoria vista de estereoscopio. Y acaso este cambio confirmaba que todo había acabado.

—Le diré a mi abuelo —dijo la muchacha con voz natural, que no era sino la voz con que debía hablarle a un viejo que había expuesto razones admisibles para abordarla en una esquina—. Le dará gusto saber de usted. Y que no falte usted a mi boda.

—Su boda...

—Justamente. Será una buena ocasión para que ustedes se vean de nuevo.

Nada era extraordinariamente real, y no quedaba sino adaptarse a la estricta realidad como una sanguijuela.

—Ya lo creo. Y tendré mucho gusto... Mucho gusto en conocer... al digno joven.

—¿Cuál joven?

—Su novio.

—Mi novio no es joven —dijo ella.

—¿No?...

—No. Viene a ser... como usted.

El hombre sintió ahora que desde el

seno de la realidad se le tendía un vínculo consistente.

—Ha de ser rico —balbuceó.

—Y además lo quiero —puntualizó ella.

—¿Qué tan rico?

—Rico.

—Digamos... —insistió él, tanteando hacia la realidad—: ¿como veinte mil pesos?...

Ella sacudió los rizos.

—Como veinte millones de pesos —dijo mirando sobre el hombro.

Un automóvil se había detenido en la calle, junto a ella. Venía para llevársela a donde él ya nunca podría verla, ni soñando. Para reintegrarla a una realidad que fijaba la realidad de él al margen de los sueños.

Y todavía mendigó unos últimos instantes.

Sacó de la bolsa del pecho el pliego de la póliza, y lo extendió sobre la superficie deslumbrante del automóvil.

—Es mi regalo de bodas —explicó aprestando la pluma fuente—. Una insignificancia... ¿Pero quisiera decirme usted su nombre? —preguntó avergonzado—. Parece mentira; pero en este momento...

Luego le entregó el pliego a la dueña del nombre desconocido.

Ella aceptó por compromiso, sin saber lo que era. Además no tenía mucho tiempo para malgastarlo en un pobre.

Por última vez sonrió, de prisa. Una sonrisa desconfiada que se disolvió sin consistencia en la luz de la hora:

—Adiós.

—Adiós.

El hombre se quedó recordando cómo había visto deslizarse la vida por los costados de una borda fragilísima, imperterrita, constante en su empeño de flotar en las corrientes peligrosas, porque a bordo llevaba lo mejor de sí mismo. Y todo no había sido más que un engaño miserable. Cuando por fin pensaba haber llegado a puerto, había sido arrojado en el torrente; y carente de bríos, sin fuerzas siquiera para manotear, no pudo impedir que se deshiciera en turbias aguas su pobre barquito de papel, inútil para siempre, para siempre vacío.

Ahora, cuando la vida había pasado para él, ahora todo era real. Y con rabia devoradora apretándole el corazón y la garganta, no acertó a culparse a sí mismo.

Se dijo que si bien su sueño ya no existía, en cambio sí había existido. El no inventó a aquella muchacha que le vendía su primavera a un viejo que nunca entraría en sus sueños. El no la inventó: la soñó. Y esto era real. Era un vínculo real que ella no había reconocido porque se desarrollaba únicamente de él hacia ella; pero si ella, a su vez, lo hubiera soñado a él... Y al llegar aquí el hombre creyó, de pronto, que al fin veía claro no sólo hacia las cosas circundantes.

Ahora caminaba sonriendo, desandando los pasos que antes dio sintiéndose gravemente atemorizado. Ahora ya no presentía nada. Ahora sabía.

Sabía, sin saber cómo, que así como él soñó a esa muchacha el día que nació, y ya la había soñado el día en que el nacimiento de la madre hizo seguro su lugar en la tierra, así, si la realidad tenía un sentido, ella lo soñaría a él el día que él muriera. Y estaba seguro de que lo soñaría, no como al amigo de su abuelo,



sino como era él cuando la percibió, antes que nadie, en las profundidades insondables del mundo.

Sabía. Y en la certidumbre de que no podía perder su vida habiéndola apostado sin trampas, dejó que la escondida fórmula de su esperanza le subiera del corazón a los labios, sin importarle que llegara a oídos de alguien para quien fuera motivo de risa.

Sus viejos labios murmuraron con gozo: "Por siempre Amor".

Había resuelto que esa misma noche, sin falta, ella lo soñaría para no olvidarlo nunca.

Entretanto la mañana transparente se poblaba de mujeres espléndidas. Y acaso vistas a la luz de un presentimiento impaciente, muchas de ellas también habrían reproducido sin violencia los rasgos más deseables de un sueño absurdo.

Pero el hombre no alcanzó ni siquiera a sospecharlo durante sus últimos pasos hacia la evasión definitiva.

TRES POETAS MEXICANOS

(Viene de la pág. 2)

la forma poética. Sigue, en este único aspecto, al maestro argentino. ¡Pero qué lejos está la poesía de Leopoldo Lugones, tan deslumbrante como se la quiera, y al mismo tiempo tan inexpressiva, tan diamante y tan glacial, de esta otra dramática poesía lírica! Es indudable, sí, que algunos años habían corrido cuando en 1921 se publica *Zozobra*, segundo volumen poético de López Velarde, y puede decirse ya, con exactitud que ahora resalta, de la superación lograda sobre el modernismo.

Las dificultades que presenta la poesía de López Velarde, o, mejor diría, el rechazo que a veces ella suscita, en el extranjero como en su país, se origina, no en sus peculiaridades nacionales, sino en aquellas metáforas y adjetivación que en su tiempo fueron una moda y hoy ya no lo son. La moda, máscara de la muerte la llamó Apollinaire. Metáforas y palabras inesperadas no constituyen, sin embargo, parte principal en la poesía de Ramón López Velarde. Lo principal en esta poesía, es su inesperado ardor último.

Se ha citado también a Luis Carlos López como antecedente de algunos poemas de Ramón López Velarde. Son aquellos que retratan aspectos de la vida provinciana del centro de México y que se encuentran más fácilmente en *La sangre devota* que en *Zozobra*, libro este último el más importante del poeta. También, en este aspecto, se habla de la influencia del poeta mexicano Francisco González León (1862-1945). Acaso, por cuestión simplemente de temas, se diga que los versos de Luis Carlos López son un antecedente en el tiempo, pero nada más. Muchos encuentran en los poemas del poeta cartagenero un modelo de ironía poética y de sátira social. Otros, simplemente, los entienden como una interesante reacción criolla contra el exotismo de los modernistas. Esto último parece ser lo más aproximado, y no incurramos en exageraciones que tampoco, a la postre, han de favorecer a nadie. Limitémonos ahora a decir que los versos de Luis Carlos López no pertenecen propiamente a la poesía lírica. Y que no pueden constituir, por consiguiente, una influencia valorable dentro de la posterior obra de un poeta lírico.

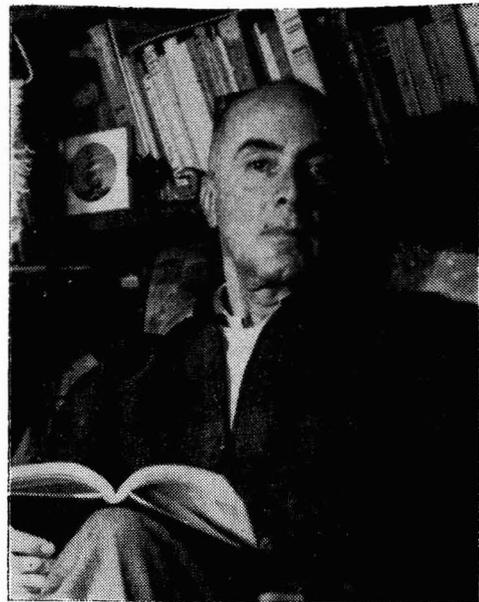
Aparte del reconocimiento tácito que envuelve el exagerado elogio a Leopoldo Lugones, reconocimiento de una influencia que hoy podemos apreciar mejor, desde la distancia, limitada a procedimientos formales, Ramón López Velarde entendía la lectura de Baudelaire como un hecho de tanta importancia para su vida, como que había sido uno antes y otro

hombre después de ella. ¿Es posible que haya sido así? No existen motivos para pensar que quiera llevarnos a engaño cuando nos habla del asunto en un tono de insospechable veracidad. Mas corresponde al juicio ajeno definir hasta dónde puede ser valedera esta apreciación autocrítica, y en ello solamente nos interesa lo que tenga una realidad palpable dentro de la obra del poeta.

Me atrevo a pensar que críticos muy eminentes han exagerado, a pesar de su habitual exactitud, la influencia de *Las flores del mal* en la poesía de Ramón López Velarde. La confesión misma del poeta ("entonces era yo seminarista — sin Baudelaire, sin rima y sin olfato") ha debido inducirlos a hallar en sus versos una relación de más con los de Baudelaire. Y algunos poemas, en los que López Velarde trata aspectos que aparecen en Baudelaire, como el hastío, la muerte, la nada, el fracaso, la voluptuosidad, la melancolía, pero que no son exclusivos del incomparable poeta francés, los han confirmado en su punto de vista. Es verdad que en algunos poemas de López Velarde se reconoce, en su dramatismo, aquel otro acento. Se nos presenta con un singular escalofrío, heredero indudable del "nuevo estremecimiento" que —según Hugo— Baudelaire había aportado al arte y que entró, por lo mismo, en el ambiente general de la poesía, más o menos moderna. Hay en dichos poemas una determinada forma de desplegarse el verso, una que otra palabra, y, aún más, una sensación de espanto lograda en las líneas finales del poema. Hasta se diría que es, en ellos, un poeta baudelairiano. Como otros poetas, en algunos poemas, lo han sido también. Pero ello no nos debe inducir al error de considerar en Ramón López Velarde una serie de correspondencias con la poesía de Baudelaire.



"González Martínez cumplió su cometido"



"expresión muy diferente la de Carlos Pellicer"

Un tema reiterado de la poesía de López Velarde dió origen a que Xavier Villaurrutia haya hablado de él y de Baudelaire como de dos protagonistas de un mismo, de un hondo drama del espíritu: el de la lucha entre la sensualidad y la religiosidad. Villaurrutia, en aquel bello ensayo, de forzosa referencia cuando se trate, así pasen los años, del poeta que nos ocupa, dice: "Bien pronto se dio cuenta de que en su mundo interior se abrazaban en una lucha incesante, en un conflicto evidente, dos vidas enemigas, y con ellas dos aspiraciones extremas que imantándolo con igual fuerza lo ponían fuera de sí... Con una lucidez magnífica, comprendió que su vida eran dos vidas... Cielo y tierra, virtud y pecado, ángel y demonio, luchan y nada importa que por momentos venzan el cielo, la virtud, y el ángel, si lo que mantiene el drama es la duración del conflicto, el abrazo de los contrarios... En vez de borrar uno de los dos aspectos contradictorios de su ser, aprende a hacerlos convivir dentro de sí fomentando un incesante diálogo, un conflicto que se nutre de sí mismo. De este modo concilia monoteísmo y poligamia, Cristo y Mahoma." No voy a recordar los versos en que López Velarde plantea su religiosidad y su erotismo y su "afán temerario de mezclar tierra y cielo". Bástanos estas palabras de una página suya en prosa: "Yo se que aquí han de sonreír cuantos me han censurado no tener otro tema que el femenino. Pero es que nada puedo entender ni sentir sino a través de la mujer. Por ella, acatando la rima de Gustavo Adolfo, he creído en Dios; sólo por ella he conocido el puñal de hielo del ateísmo. De ahí que a las mismas cuestiones abstractas me llegue con templeamento erótico."

El ardoroso erotismo lírico es nota fundamental de la poesía de López Velarde, y vale por sí solo, poéticamente, aparte de su coexistencia con anhelos religiosos. El amor y la poesía se confunden en la obscuridad de sus orígenes y en el desgarramiento con que se expresan. No es freudismo simple, sino tesis admitida aun por escritores espiritualistas, la de que en el nacimiento de la poesía descubrimos a menudo una compensación que la vida otorga al hombre, cuando el amor es, como ocurre frecuentemente, la privación misma de él, de su comunión corporal. Cuando el amor es una ausencia llega a ser, a veces, la